Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Carlomagno (y 2)

J. L. Martín, E. Mitre y G. Ripoll

61

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-29316-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

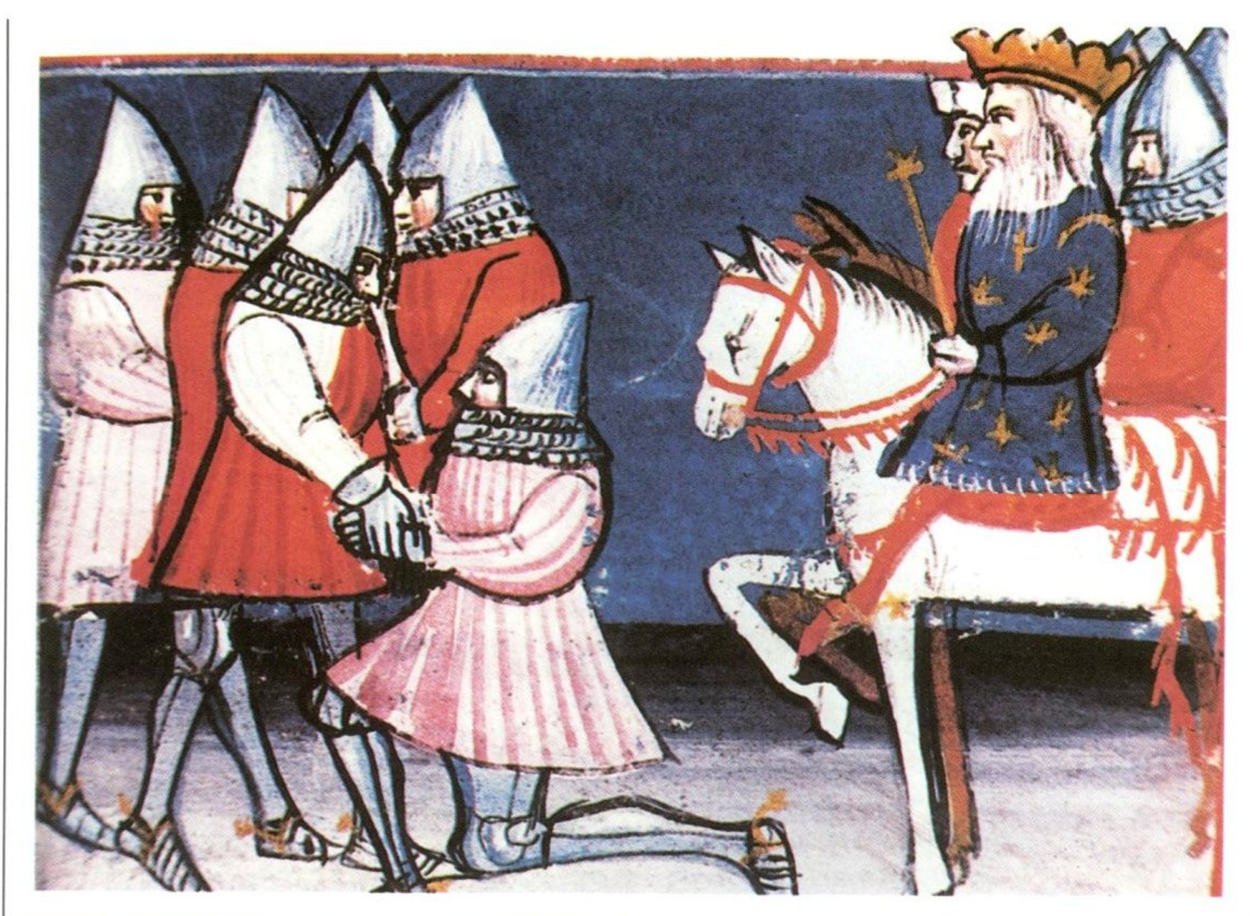
Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En portada, coronación de Carlomagno, el día de Navidad del año 800, por León III (miniatura de las *Grandes Croniques de France*, siglo XIV, Biblioteca Nacional, París). Izquierda, representación de Carlomagno; la cabeza es un relicario de plata en el que se guarda un trozo de cráneo del emperador (Catedral de Aquisgrán)





Arriba, Carlomagno y Roldán (miniatura del siglo XIV, Venecia); abajo, Carlomagno llora ante el cadáver de Roldán (miniatura del siglo XIV, Biblioteca Real de Bruselas)

Los carolingios en España

José Luis Martín
Catedrático de Historia Medieval. UNED Madrid

El Imperio Carolingio se extiende por el sur hasta tierras hispánicas: a la intervención carolingia deben su independencia de Córdoba los condados catalanes, el reino de Pamplona y el condado de Aragón, aunque sólo los primeros se mantuvieron durante siglos vinculados al Imperio; su presencia en tierras hispanas ha dado lugar a una importante producción literaria en Francia *(La Chanson de Roland)* y en Castilla *(Romances de Bernardo del Carpio).*

Herederos de los monarcas visigodos, los emires cordobeses aspiran a extender su autoridad sobre todos los territorios visigodos y llegan en sus campañas al norte de los Pirineos, a la región de Septimania, donde serán detenidos (Poitiers, 732) por Carlos Martel que con esta victoria consolida el prestigio y el poder de la familia carolingia que no tardará en suplantar a los reyes merovingios. Cuarenta y cinco años más tarde, Carlomagno, nieto del vencedor de Poitiers, recibe en Paderborn una embajada de los musulmanes rebeldes al emir cordobés que le ofrecen la entrega de Zaragoza y con ella el control de la vertiente sur de los Pirineos, es decir, de las tierras que habrán de servir de protección a los dominios francos de Septimania.

La campaña militar fue un fracaso: el valí o gobernador de Zaragoza se negó a entregar la ciudad y en su retirada los ejércitos francos fueron derrotados en Roncesvalles, derrota que ha sido magnificada en la que podemos considerar la primera obra maestra de la literatura francesa, *La Chanson de Roland.*

Escrito siglos después de los hechos, el Cantar no es una fuente fidedigna para el conocimiento histórico, pero no hay duda de que en él bebieron durante siglos numerosos francos e incluso los hispanos a los que llega la *Chanson,* o los romances que le dieron origen, a través de los peregrinos que siguen el Camino de Santiago o de los francos que se instalan en tierras hispánicas desde fechas tempranas.

La embajada del valí de Barcelona, Sulaiman ibn al-Arabí, ofreciendo su obediencia y la de Zaragoza a cambio de ayuda contra Córdoba aparece desfigurada en la *Chanson,* que atribuye la iniciativa a Carlomagno: *El rey Carlos... ha estado en España siete años enteros. Conquistó hasta el mar la alterosa tierra; no hay castillo que resista ante él, ni ha quedado muro ni ciudad sin derribar (*),* salvo Zaragoza, donde el rey Marsil busca la manera de engañar a Carlos para salvar la ciudad: ofrecerá al rey *osos, leones y perros, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y de plata, con los que hará cargar cinco carros: con ello podrá pagar bien a sus soldados. Bastante ha guerreado en esta tierra, y bien debe volverse a Francia, a Aix,* donde Marsil promete acudir para convertirse al cristianismo. Los presentes son magníficos, pero poco pueden impresionar a un rey *para el que han hecho un trono, todo él de oro puro,* y menos aún a sus caballeros, dirigidos por Roldán, que desean tomar por las armas lo que Marsil ofrece voluntariamente.

Tras fuertes discusiones entre los defensores de la paz y los partidarios de la guerra, Carlos envía como embajador a Zaragoza al conde Ganelón, que se dejará convencer por Marsil para dar muerte a Roldán, sobrino del emperador: Ganelón deberá convencer a Carlos para que al volver a Francia sitúe al frente de la retaguardia a Rol-

(*) Utilizo la traducción de Martín de Riquer, El Cantar de Roldán *Madrid, 1960.*

dán, que será atacado por los ejércitos musulmanes. Valientes fueron Roldán y sus compañeros y muchas muertes causó *Durandarte,* la espada del guerrero, pero ni el esfuerzo del caballero ni las reliquias que adornaban el pomo de la espada *(el diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionís y un trozo de vestido de Santa Maria)* impidieron la muerte del héroe, fuertemente llorada por el emperador:

Amigo Roldán: ¡Dios tenga piedad de ti!... Dios ponga tu alma entre flores en el paraíso con los bienaventurados. ¡Con qué mal señor viniste a España! No pasará día sin que de ti me duela... Se arranca los cabellos con ambas manos. Cien mil francos sienten tan gran dolor que no hay ninguno que no llore amargamente... Cuando esté en Laón, en mi morada, me vendrán extranjeros de muchos reinos y me preguntarán: ¿Dónde está el gran capitán? Les diré que murió en España.

Contra lo que corrientemente se cree, los musulmanes no pasaron a sangre y fuego la Península; en líneas generales puede aceptarse que mantuvieron la organización visigoda y fueron muchos los nobles que se sometieron voluntariamente, aceptaron la religión de los conquistadores y conservaron sus cargos bajo la dirección del emir cordobés.

Al centralismo político de los dominios musulmanes corresponde una organización similar en el campo eclesiástico; del mismo modo que el emir es el jefe supremo en todo el territorio peninsular, el metropolitano de Toledo es el jefe indiscutible e indiscutido de la cristiandad hispánica.

Consciente de las limitaciones de su autoridad mientras no tengan en sus manos el control de los eclesiásticos, los reyes asturianos y el monarca carolingio —la derrota de Roncesvalles no impidió su control sobre los valles pirenaicos— intentarán romper la unidad de la Iglesia peninsular y crear su propia organización en el caso asturiano o someter a los eclesiásticos a la disciplina de la Iglesia franca en el caso carolingio. En definitiva se trata de reforzar el sistema político con una organización eclesiástica estrechamente vinculada a él y cuyos límites de actuación coincidan exactamente.

La ocasión se presenta cuando el concilio de Sevilla (784) hace suyas las doctrinas adopcionistas defendidas por Elipando de Toledo y Félix de Urgel. Según los adopcionistas, Jesucristo era hijo adoptivo de Dios en cuanto a la naturaleza humana, y la ortodoxia afirmaba que Cristo era hijo único y propio de Dios Padre en cuanto a la naturaleza humana y en cuanto a la divina, y en defensa de la ortodoxia se alzarán el obispo Eterio de Osma y el monje Beato de Liébana, en Asturias y los teólogos carolingios, cuya oposición será utilizada políticamente: en Asturias, el rey Mauregato, partidario de la sumisión a Córdoba, será sustituido por Alfonso II, que hace suyas las doctrinas antiadopcionistas, se independiza de Córdoba y rompe los lazos que unían a la iglesia asturiana con Toledo. En Urgel, el obispo Félix fue condenado y obligado a retractarse en el concilio de Ratisbona convocado por Carlomagno (792), así como en los de Francfort (794) y Aquisgrán (799), que lo condenó a permanecer en Lyon hasta su muerte. Monjes y obispos francos evangelizaron la comarca urgelitana, cuya iglesia dependerá en adelante de la archidiócesis de Narbona, completando de este modo la anexión política lograda por los ejércitos carolingios.

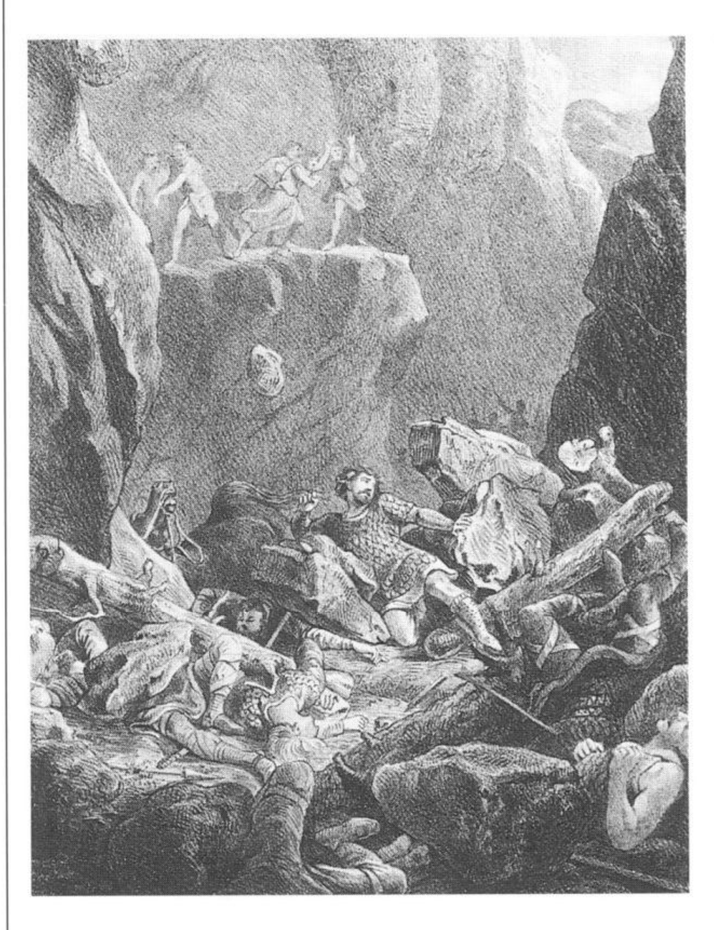
Presencia carolingia

Convertidos al Islam, los nobles visigodos no son iguales a los conquistadores; les separa y diferencia el origen étnico: los cargos más importantes y las tierras más fértiles son para los musulmanes árabes, mientras los norteafricanos (bereberes) y los hispanos convertidos al Islam (muladíes) han de conformarse con puestos de segundo orden... y hacerse cargo de la defensa de las zonas más amenazadas, de los territorios fronterizos.

El descontento no tardará en manifestarse en todas las fronteras y Toledo-Mérida-Zaragoza serán centro de revueltas que apoya la población muladí, bereber y mozárabe o cristiana, porque, como afirma desde Francia Luis el Piadoso en carta dirigida a los emeritenses, el emir *por la demasiada codicia con que quiere quitaros vuestros bienes, os ha afligido muchas veces con violencia..., aumentando injustamente los tributos de que erais deudores..., intentando quitaros la libertad y oprimiros con pesados e injus-*

tos tributos... (**) La carta termina ofreciendo a los rebeldes la ayuda de los ejércitos carolingios igual que años antes había hecho el emperador en Aragón, Pamplona y en los condados catalanes.

Los pamploneses se independizaron prácticamente de Córdoba en los años finales del siglo VIII con la ayuda de los Banu Qasi, sucesores del conde visigodo Fortún, que controlan el valle del Ebro; sometidos éstos por el emir en el año 806, Pamplona busca la ayuda carolingia, pero sólo hasta que sus aliados naturales, los Banu Qasi, logren sacudirse la tutela omeya y ayuden a los pamploneses a expulsar a los condes francos en los años 816-817 y, definitivamente, en el 824. Algo parecido ocurre en Aragón, donde el conde franco Aurelio u Oriol es desplazado el año 810 por un indígena, Aznar Galindo, qué ocho años más tarde será expulsado al aliarse el condado aragonés con los Arista de Pamplona y con los Banu Qasi del Ebro frente a los carolingios.



Derrota de los francos en Roncesvalles (grabado de la *Historia de España* de Rafael del Castillo, siglo XIX)

(**) Puede verse en la carta de F. J. Simonet, Historia de los mozárabes de España, II *Madrid (reedición de 1983).*

El dominio carolingio sobre las tierras catalanas fue más duradero y ha llegado a hablarse de una prefiguración de Cataluña en la época carolingia: los condados de Urgel, Cerdaña, Barcelona y Gerona habrían formado un marquesado conocido como *marca hispánica.* Hoy esta idea no es aceptable: marca es un concepto geográfico que sirve a los cronistas para designar la parte de los dominios carolingios fronteriza con los musulmanes, pero no responde a una división administrativa-militar del Imperio dirigida por un jefe único.

La *marca hispánica* o el *Regnum Hispaniae* comprende los territorios tomados a los musulmanes, territorios que se hallan divididos en condados independientes unos de otros y todos formando parte del Imperio. Cuando una misma persona se halla al frente de varios condados recibe los títulos de *duque* o de *marqués,* pero los condados pueden separarse de nuevo y, de hecho, se disgregan y reagrupan continuamente. Existen marqueses, pero no hay una marca hispánica.

La historia política de los condados catalanes resulta ininteligible si se ignora la historia del Imperio y si no se tiene en cuenta el hecho de que cada conde aspira a convertir en hereditario el cargo y las posesiones recibidas con él. Teóricamente, el emperador encarna toda la autoridad y todo el poder, gobierna por medio de asambleas anuales, a través de los administradores locales —los condes— y por mediación de los *missi* o delegados del rey con funciones de inspección. El centro de esta organización es, sin duda, el conde, al que se confía la administración, la justicia, la policía interior y, en caso necesario, la defensa militar del territorio.

Las guerras civiles provocadas por Luis el Piadoso al dividir el reino entre sus hijos obligan a los condes a tomar partido y, de acuerdo con las vicisitudes de la guerra, consolidan o pierden el cargo; al mismo tiempo, cada candidato al trono se ve forzado a hacer con-

cesiones a sus partidarios, con lo que la monarquía, sea quien sea el triunfador, sale debilitada de la lucha y no puede evitar la formación de clanes y dinastías, cuya fuerza puede ser muy superior a la de los condes oficialmente nombrados por el vencedor.

Igual que en Navarra o en Aragón, el primer conde barcelonés, Bera, intentó —820— librarse de la tutela carolingia, en este caso sin éxito. En adelante, la corte carolingia prescindirá de los indígenas y confiará los condados a personajes francos como Rampón (820-826), al que sucedería en el condado barcelonés Bernardo de Septimania. Muerto Luis el Piadoso (840), Bernardo apoyó a Luis el Joven contra sus hermanos Lotario y Carlos el Calvo pero el tratado de Verdún (843) adjudicó la parte occidental del Imperio a Carlos, quien sustituyó al conde barcelonés por sus partidarios: Sunifredo recibió los condados de Barcelona, Gerona y Narbona y su hermano Suñer los de Ampurias y Rosellón. Con ellos se inicia una dinastía condal que se consolidará a partir del año 878.

Los condes independientes

La tendencia a la *hereditariedad* de los cargos, visible en los intentos que realizan los hijos de Bera y de Bernardo de Septimania para recuperar las funciones paternas, se observa igualmente en la política de los monarcas carolingios, que nombran condes a los hijos de Sunifredo y Suñer treinta años después de la muerte de éstos: la función condal lleva consigo una serie de privilegios que no se extinguen con la deposición de los titulares; éstos o sus herederos disponen de fuerzas y riquezas suficientes para inquietar al poder y para combatir a los rebeldes el rey está forzado a basarse en las grandes familias, en las dinastías condales, con lo que, indirectamente, contribuye a acentuar la tendencia a hacer hereditarios los cargos.

Esta tendencia cristaliza al morir Carlos el Calvo (877); en un período de once años se suceden al frente del reino tres monarcas, ninguno de los cuales es capaz de hacer frente al peligro normando ni a los ataques musulmanes y, en consecuencia, dejan una gran libertad a los condes que aparecen ante la población como sus señores, los únicos capaces de defender el territorio:

Uno de estos condes, Eudes, será elegido rey en el año 888 y la ruptura de la continuidad dinástica proporcionará a los condes catalanes el pretexto para afianzar su independencia de idéntica forma que los condes de Flandes, los duques de Borgoña o de Aquitania, los marqueses de Toulouse...; el Imperio carolingio ha desaparecido, es sólo un recuerdo al que se refieren los catalanes fechando los documentos por los años de reinado de los monarcas francos.

La *independencia* se manifiesta en el reparto de los condados entre los hijos de los condes. Vifredo, conde de Urgel-Cerdeña desde el año 870 y de Barcelona-Gerona-Besalú desde el 878, considerado el primer conde independiente, al morir dejó a su hijo Sunifredo el condado de Urgel, a Mirón II los de Cerdaña y Besalú y a Borrell I y Suñer, conjuntamente, los de Barcelona y Gerona con el de Vic por él creado. Los tres últimos se mantendrán unidos y serán el núcleo de la futura Cataluña.

Independientes políticamente, los condes catalanes no lo serán de una manera total mientras no tengan el control de los eclesiásticos e intentarán, por un lado, sustraer sus territorios a la autoridad eclesiástica franca y, por otro, cada conde procurará evitar que obispos radicados en otros condados o dependientes de otro conde tengan autoridad sobre sus dominios. El primer intento de lograr la independencia eclesiástica se produce en el año 888 con la creación de un arzobispado de Urgel del que dependerían las diócesis de Barcelona, Gerona, Vic y Pallars, donde surge un nuevo obispado por decisión del conde Ramón I, que asegura así su independencia.

Esta primera tentativa fracasará a causa de la rivalidad existente entre los condes y, de hecho, la Iglesia catalana no será independiente hasta que se restaure la sede arzobispal de Tarragona en el siglo XII. En esta época la amenaza es más grave: la dependencia de Narbona puede ser sustituida por la de Toledo, donde Alfonso VI ha restaurado la sede, que aspira a recuperar el primado sobre toda la Iglesia de España, sobre las antiguas diócesis de época visigoda, cuya primera disgregación se debió, según hemos

visto, a la presión carolingia durante la crisis adopcionista.

Peregrinos, repobladores y nobles francos llegados a la Península traen consigo sus leyendas y canciones épicas y entre ellas el *Cantar de Roldán* que será imitado en un poema —*Roncesvalles*—, del que se conservan cien versos con el llanto de Carlomagno sobre los cadáveres de sus guerreros; igualmente se traduce y adapta el poema legendario *Mainete* que narra la juventud de Carlomagno..., y frente a esta penetración franca no tarda en producirse una reacción de signo nacionalista leonés en los *Romances de Bernardo del Carpio,* redactados a comienzos del siglo XIII. De ellos se hacen eco los cronistas-historiadores Lucas de Tuy, Rodrigo Jiménez de Rada, Alfonso X y, tras ellos, todos los demás, hasta el punto de que todavía a finales del siglo XVIII un anónimo cronista de Salamanca se hace eco de la leyenda y sitúa el castillo del Carpio en tierras salmantinas.

Bernardo, para defender el reino contra su rey Alfonso, que lo ha ofrecido a Carlomagno, no duda en unirse a los musulmanes de Zaragoza:

... Dé el rey su oro a los franceses,
mas no les dé sus vasallos,
que en mermar las libertades
no tienen los reyes mando.
No consintáis que extranjeros
hoy vengan a sujetaros;
y aquel que con tres franceses
no combatiere en el campo
quédese, y seamos menos,
aunque habemos de igualallos...
A la morisca vestido,
con el brazo arremangado,
para no ser conocido
del francés campo contrario,
camina hacia Zaragoza
donde le están esperando
ese rey moro Marsin
y Bravonel el gallardo (***).



Batalla entre musulmanes y francos (Biblioteca Real, Bruselas)

A partir de este punto sigue el *Romance* al *Cantar* y narra la muerte de los doce pares carolingios, entre ellos Roldán, a pesar de la invulnerabilidad de su cuerpo; lanzas y espadas no hacen mella en él y Bernardo le da muerte estrechándolo contra su pecho hasta ahogarlo con sus fuertes brazos. Si el *Cantar* no es una fuente histórica fiable, menos digno de confianza es el *Romance,* pero uno y otro son prueba evidente de la importancia que la imaginación popular concedió a la primera intervención carolingia en la Península.

(***) Sigo la versión de R. Menéndez Pidal, Flor nueva de romances viejos *Buenos Aires, 1962.*

La apuesta religiosa y cultural

Emilio Mitre Fernández
Catedrático de Historia Medieval. Universidad Complutense de Madrid

En una sociedad como la carolingia, en donde lo civil y lo eclesiástico van íntimamente unidos, las etapas de la vida religiosa coinciden prácticamente con las de la trayectoria política: una época de auge y esplendor hasta la muerte de Carlomagno; una época de incertidumbre y crisis bajo sus sucesores, al compás de la quiebra del edificio imperial; y un período de oscuridad y desintegración durante buena parte del siglo X. La vida cultural y religiosa del mundo carolingio habría discurrido, así, entre dos restauraciones: la carolingia y la que pudiéramos designar como otoniano/capetiana.

El papel de los monjes celtas y anglosajones en la evangelización de las áreas de influencia franca fue casi una constante en los primeros tiempos del Medievo. En los años en que tomaron el poder los carolingios destacó de modo especial la labor del último de los grandes representantes del espírtu misional insular: san Bonifacio.

Su empresa es también la de todo un conjunto de colaboradores procedentes mayoritariamente de las islas y que conformaron un sólido equipo. Son los Burchard, Wigbert, Lul de Malmesbury, el bávaro Sturm, las monjas Lioba y Walburga, etcétera.

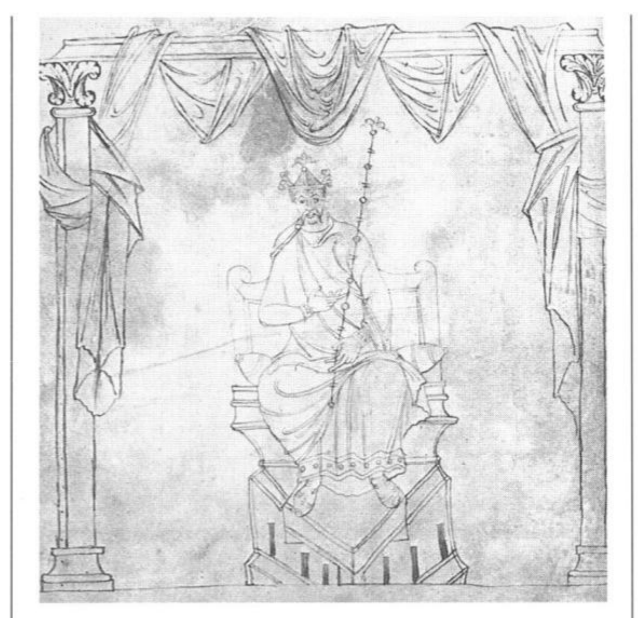
La obra de Bonifacio se inició en Frisia —zona de difícil evangelización para alguno de sus predecesores como san Wilibrordo— hacia el 716. Serán, sin embargo, Hesse y Turingia en los años siguientes sus más fructíferos campos de apostolado.

La concesión del *pallium* en el 732 por parte del papa Gregorio III posibilitó una sistemática organización del territorio evangelizado. En ella desempeñarían un singular papel algunos grandes monasterio— como los de Fritzlar, Ohrruf, Heidenhem y, sobre todo, Fulda— que se convertirán en decisivos viveros de evangelizadores e importantes focos culturales en un futuro no lejano.

Simultáneamente, la red episcopal cobró un fuerte impulso. A iniciativa de Bonifacio surgieron las sedes de Burabourg, Erfurt y Eichstatt para las zonas recientemente ganadas. Esta labor se complementaría con la regeneración de viejas diócesis y la creación de otras nuevas en países cristianizados tiempo atrás pero faltos aún de una suficiente infraestructura. Será el caso de Baviera con los obispados de Passau, Ratisbona, Salzburgo y Freising.

El importante papel de Bonifacio en la consagración de Pipino el Breve en el 751 reafirmó los lazos del apóstol de Germania con la nueva dinastía. Algo que, a su vez, revitalizó una languideciente institución conciliar que, en estos años, cobró nuevos bríos. El mayor éxito en este campo fue la celebración de un magno concilio germánico en el 742, que Bonifacio presidió como legado pontificio. Cuando se produzca su muerte en 754 a manos de un grupo de frisones paganos, puede hablarse ya de una cristiandad germánica sólidamente establecida y ligada a las directrices romanas.

En los años siguientes, la labor evangelizadora seguirá unas pautas similares. Será la cristianización de Sajonia —la gran empresa política y religiosa de Carlomagno— a la que difícilmente se pudo considerar pacificada antes del 804 en que se fundó la diócesis de Hamburgo. Y será la evangelización de los ávaros del Danubio medio, después del 795, impulsada por el obispo Arno de Salzburgo.





Arriba, Carlomagno en su trono (miniatura del siglo X, Biblioteca Nacional, París); abajo, san Pedro ofrece la estola, símbolo del poder temporal, a Carlomagno (Mosaico de finales del siglo VIII de San Juan de Letrán, Roma)

El *rex francorum* como *defensor Ecclesiae*

Menos provecho se obtendría de las misiones evangelizadoras hacia los países nórdicos. La conversión en el 826 del rey danés Haroldo tuvo escaso impacto entre sus súbditos. Para esta fecha, por el contrario, las incursiones normandas empezaban a crear una seria inestabilidad en la Europa carolingia. La destrucción en el 845 de la prometedora sede de Hamburgo simboliza el fracaso de este primer intento de misión hacia el mundo báltico.

La misión de los monarcas carolingios como promotores de la expansión de la cristiandad se reforzaba —especialmente en el caso de Carlomagno— con el reconocimiento que se les otorgaba como defensores de la Iglesia y casi doctores de la fe. Se pretendía, así, emular al *basileus* de Constantinopla no sólo en sus títulos y dignidad política sino también en sus funciones teológicas.

En este contexto, se explica la actitud de Carlomagno al promover una réplica al II Concilio de Nicea del 787. En él, los padres de Oriente se habían declarado a favor del culto a las imágenes frente a los iconoclastas, cuya violencia había provocado un grave trauma a la Iglesia bizantina. El monarca franco y sus colaboradores desearon también exponer lo que entendían como ortodoxia en este tema. De ahí la redacción de una memoria inspirada posiblemente por el propio Carlomagno (los *Libri Carolini*) y el posterior concilio de Francfort del 794, en donde se repudiaron por igual la iconoclastia y las fórmulas que para combatirla habían propugnado los teólogos orientales. La escasa incidencia teológica de la iconoclastia en el mundo franco pudo utilizarse como prueba de la unidad de la cristiandad occidental. Solo en fecha tardía —en los comienzos del reinado de Luis el Piadoso— Claudio de Turín argumentaría su repudio al culto a las imágenes con una cierta consistencia,

pero su proyección no pasó de lo puramente anecdótico.

Más gravedad para el mundo carolingio tuvo la querella adopcionista surgida en las áreas meridionales del Imperio franco y en la Hispania entonces sometida políticamente al Islam. El obispo Felix de Urgel y el metropolitano Elipando de Toledo fueron los principales promotores de una doctrina que convertía a Cristo en hijo de Dios en cuanto a su naturaleza divina, pero en hijo solamente adoptivo en cuanto a su naturaleza humana.

¿Proyección hacia el Occidente de algunos elementos heterodoxos orientales? ¿Intento de acercamiento de una parte del clero hispánico hacia musulmanes e incluso paganos? ¿Resabios de una cultura teológica visigótica deseosa de mantener su personalidad frente al modesto reino de Asturias y a la pujante cristiandad carolingia?

Cualesquiera que fueran las razones para la aparición del adopcionismo, la herejía causó particular inquietud tanto en la corte astur de Alfonso II como en el Aquisgrán de Carlomagno. La contraofensiva se produjo, así, desde dos frentes. Por un lado fueron los panfletos teológicos del monje Beato de Liébana. Por otro fueron los debates y reuniones conciliares promovidos por Carlomagno y sus colaboradores. El sínodo romano del 798 fue decisivo para la erradicación de la herejía tanto como la desaparición de Félix y Elipando entre el 807 y el 818.

Para estos mismos años también, un concilio celebrado en Aquisgrán procedía a introducir en el *Credo* la fórmula de la doble procesión *(filioque procedit)* del Espíritu Santo. La Iglesia occidental, así, reforzaba su autonomía en relación con las fórmulas doctrinales promulgadas en Oriente. Y Carlomagno adquiría la imagen —aún con posible menoscabo para el propio papa— de rector de la teología europea.

Por esta vía cobraban fuerza las palabras que Alcuino de York, el principal consejero de Carlos, había dirigido a su señor en vísperas de su consagración imperial en la Navidad del 800. Palabras en las que se convertía al rey de los francos en la máxima autoridad moral, por encima de los otros dos grandes poderes del momento: el emperador de Constantinopla y el papa de Roma. Enfáticamente, Alcuino proclamaba a Carlomagno vengador de crímenes, guía para los que han errado y consolador de los afligidos...

Singular mezca de cualidades que convertían al *rex francorum* en un personaje dotado de unos poderes verdaderamente cesaropapistas.

La existencia de dos poderes —o *espadas*— en el seno de la sociedad cristiana fue algo repetidamente recordado por los mentores ideológicos del Occidente medieval. Como punto de partida de esta teoría se acostumbra a tomar la carta que el papa Gelasio envió al emperador Anastasio el 492 en la que se hablaba de un poder papal y un poder real.

Varios siglos más tarde (hacia el 833) el obispo Jonás de Orleáns en su obra *De institutione regia* presentaba una Iglesia universal identificada con el cuerpo de Cristo, en la que coexistían dos personajes principales: el que representaba el sacerdocio y el que representaba la realeza. En la línea gelasiana, Jonás fijaba una cierta preeminencia del poder sacerdotal, ya que había de rendir cuentas ante Dios de todos, incluso de los reyes.

En esta dialéctica *regnum / sacerdocium,* que, a la postre, reforzaría los principios doctrinales de la teocracia pontificia, hubo demasiados altibajos. En más de una ocasión, además, contrastaron las grandes proclamaciones emanadas del poder espiritual con su manifiesta inferioridad frente al poder político. El mundo carolingio cubrió una dilatada etapa de este proceso.

De hecho, la consolidación de la dinastía fue producto de una abierta complicidad de los pontífices con Carlos Martel y sus sucesores. Los carolingios lograron del Papado una aprobación para su usurpación del 751 y una importante cobertura moral e institucional para su política de expansión. Los papas, por su parte, consiguieron un trascendental apoyo político frente a las presiones de lombardos y emperadores bizantinos y —en algún caso como el del año 800— protección de la nueva dinastía franca contra las turbulentas facciones nobiliarias romanas.

En los años en que Pipino fue consagrado como rey se acostumbra a datar la *Falsa Donación de Constantino* al papa Silvestre. Este texto, pergeñado por la cancillería pontificia, hablaba de la concesión que el primer emperador cristiano había hecho al papa Silvestre del dominio sobre Roma, Italia y todo el



Carlomagno dirige la edificación de la Capilla Palatina de Aquisgrán (miniatura del *Codex Fuldensis*, siglo X, Biblioteca Nacional de Viena)

Occidente. Si bien tal documento no fue admitido al pie de la letra por los primeros monarcas carolingios, creaba las bases para que éstos se convirtieran en garantes de un poder temporal *(patrimonium Petri)* que los pontífices habían ido acumulando en los años precedentes.

Ahora bien, durante los años de esplendor carolingio, Carlomagno nunca se planteó dejar al papa un importante papel ni político, ni tan siquiera teológico dentro del *regnum christianum*. La misión que el futuro emperador asignó a León III en una famosa carta del 796 era la de, *como nuevo Moisés*, impetrar la protección divina para que el monarca defendiese en el interior el contenido de la fe y rechazase con las armas a los enemigos del exterior...

Habría que esperar a la desaparición de Carlos y a la crisis de su obra política para que el Pontificado en particular y el estamento eclesiástico en general intentasen superar el papel de brillantes segundones al que habían sido relegados. Esta situación permitiría, por ejemplo, la redacción —en la linea de la *Falsa Donación*— de las *Falsas Decretales*, en las que obispos y papas se reservaban el derecho a convocar concilios y procedían, asimismo, a una auténtica sacralización de los bienes eclesiásticos. Por estos mismos años también, el Pontificado contó con un papa de indudable talla y prestigio moral: Nicolás I (858-867).

Pero la crisis política, a la larga, habría de dejar sin soporte material a unos pontífices presa de nuevo de las facciones romanas y de las incursiones del exterior. Al acercarse al recodo del 900 el Papado entra en uno de sus momentos más oscuros: el *siglo de hierro*. Al desprestigio de muchos de sus titulares se uniría también la interesada propaganda que lanzó un monarca germánico que, coronado emperador en el 962, se dispuso a reanudar las tradiciones carolingias de tutela imperial sobre Roma: Otón I.

La articulación de la sociedad cristiana

Los intelectuales del Medievo no desarrollaron tanto una teoría del Esta-

do como una teoría de la sociedad concebida como comunidad —*Ecclesia*— asimilada al cuerpo humano. Cada uno de sus miembros —se pensaba— debía desempeñar unas funciones concretas para la buena marcha de todo el conjunto.

Así, al lado de la teoría de los dos poderes surgió el concepto de órdenes *(ordines)* para designar a las grandes categorías sociales en las que la población se agrupaba. El propio Jonás de Orleáns se convirtió en el popularizador de una división tripartita de la sociedad: *ordo clericorum, ordo monachorum* y *ordo laicorum.*

Cuando este autor habla de *ordo clericorum* —clero secular, en definitiva— se está refiriendo principalmente al episcopado, a quien se encomienda la función de vigilar a la comunidad cristiana en su conjunto. De hecho Jonás y sus iguales nos están hablando de una sociedad cristiana en la que —desaparecido Carlomagno— no tanto el papa como el colectivo de obispos había de erigirse en la principal fuerza rectora.

Monasterios y grandes familias proveyeron este escalón de la clerecía. Al ser la fuerza social más preparada, Carlomagno y sus sucesores echaron mano de los obispos para el ejercicio de funciones políticas e incluso militares, a pesar de las prohibiciones canónicas. La figura de Hincmar de Reims, metropolitano de esta ciudad desde el 845, sintetiza a la perfección las responsabilidades políticas y eclesiásticas de una personalidad de talla en los años centrales del siglo IX: impulsor de la política sinodal; defensor de los derechos de los metropolitanos frente a sus sufragáneos y frente al propio papa; tratadista político (autor de un *De ordine Palatii*) y, de hecho, regente de Francia durante la ausencia de Carlos el Calvo en el 872.

La muerte de Hincmar en el 882 simboliza el definitivo declive de una época y abre una era de dificultades para el episcopado, similares a las padecidas por la cúpula papal. A fines del siglo X, sin embargo, los obispos seguían siendo una importante reserva moral. De ellos partirá la iniciativa para una institución reguladora —ya que no erradicadora— de la violencia latente: las Asambleas de Paz y Tregua de Dios.

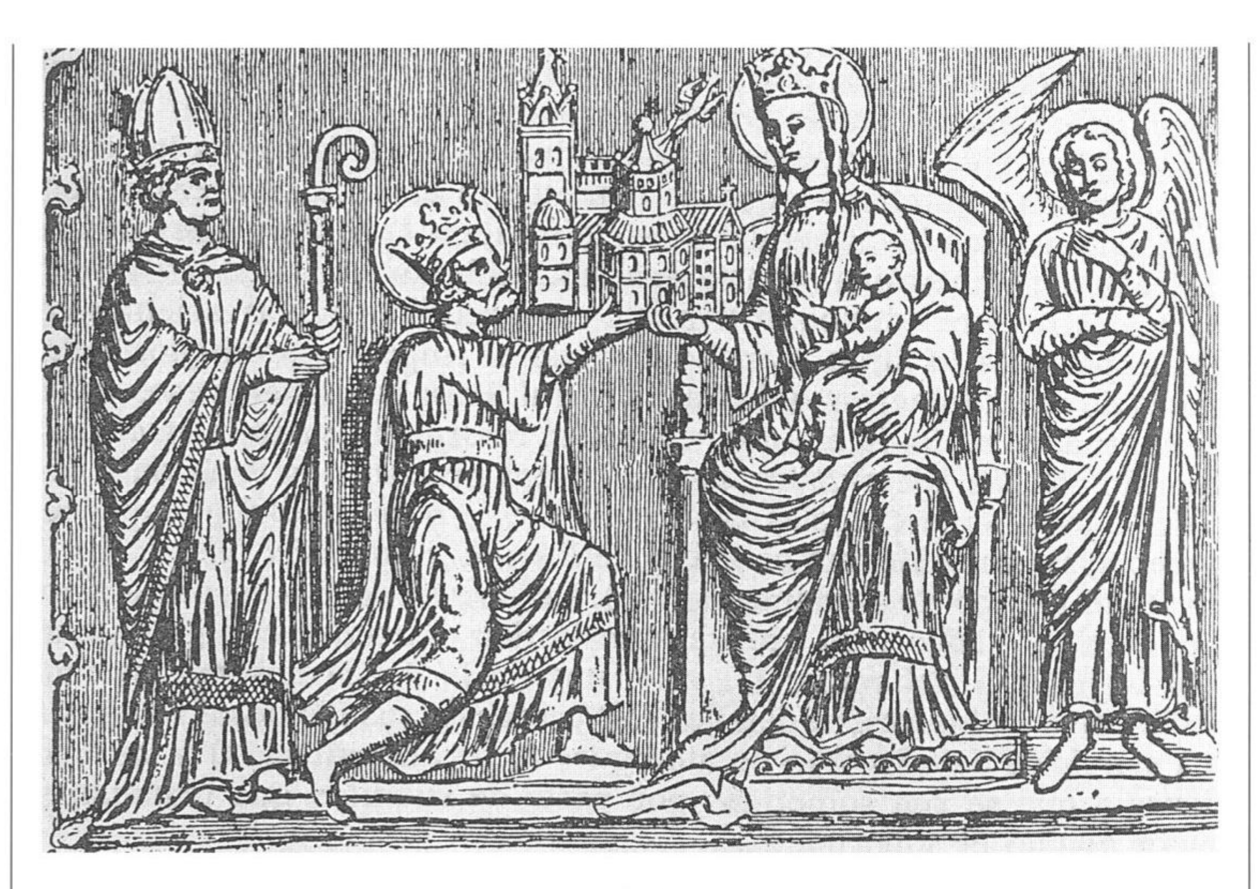
Con todo, sería el bajo clero, reclutado entre los medios populares, e incluso serviles —en transgresión de la norma canónica— quien encuadrase a una masa social esencialmente rural. Parroquias e iglesias propias (fundadas éstas por particulares) serían, así, más que las iglesias catedrales, los centros de la vida religiosa del momento.

La dignificación del bajo clero fue objetivo de ciertos gobernantes carolingios y de algunos miembros del alto clero como Agobardo de Lyon o el mencionado Hincmar de Reims. De ahí los proyectos de regular sínodos diocesanos y visitas sinodales para vigilar que el clero parroquial no fuera ignorante de las más elementales verdades de la fe y se aplicase a sus obligaciones pastorales más primarias. De ahí también que se intentase dignificar su vida material mediante el reconocimiento al titular de la parroquia de una parte de los bienes y rentas anejos a ésta. Disposiciones que, dada su reiteración, hacen dudar lógicamente de su eficacia.

El estado monástico se consideraba como el más perfecto. El monje no era visto ya tanto como el hombre solitario *(monos)* que aspiraba a la santidad, sino como aquel que se integraba en la vida comunitaria bajo una regla y el gobierno de un abad.

Así lo había concebido Benito de Nursia a comienzos del siglo VI y así lo interpretaron también algunas de las grandes figuras de la Europa carolingia. Los monasterios eran centros de recogimiento espiritual, focos de evangelización y cultura y, en último caso también centros de grandes explotaciones agrarias. Así se desprende, por ejemplo, de los políticos de algunas abadías, como la de Saint-Germain-des-Prés, regida hacia el 800 por el abad Irminón. Esta circunstancia haría que los primeros carolingios —especialmente Carlos Martel— despojasen a distintas abadías para premiar con sus bienes a los fieles que les habían apoyado en su conquista del poder.

Menos brutales que éste, Pipino el Breve y Carlomagno impulsaron una serie de reformas a fin de proveer a los cenobios de abades capaces que les situasen dentro de una observación estricta. De ahí la entrega en el 796 de la importante abadía de San Martín de Tours a Alcuino de York a fin de que



Carlomagno dedica a la Virgen la catedral de Aquisgrán (relieve en una arqueta de plata)

procediera a su regeneración. Poco antes de morir (en el 811), Carlomagno estaba plenamente convencido de la necesidad de Imponer a todos los monjes del Imperio la regla de san Benito, considerada como la más excelente de todas.

Será en los primeros años del reinado de Luis el Piadoso cuando se den pasos firmes en pro de la uniformidad monástica. Uno de sus colaboradores, el monje de ascendencia hispánica Benito de Aniano, fue el gran impulsor de esta política. Para ello contaba con dos importantes textos elaborados años atrás: el *Codex regularum* (compendio del año 790) y la *Concordia regularum,* comentario a la regla de Benito de Nursia.

La gran oportunidad se produjo entre el 816 y el 817, en que dos sínodos celebrados en Aquisgrán legislaron para canónigos regulares —en la línea marcada a mediados del siglo VIII por el obispo Crodegango de Metz— y monjes. En el 817 se fundaba el monasterio de Inde en las cercanías de Aquisgrán, al que se quería convertir en abanderado de la reforma en todo el Imperio. Para paliar la rapacidad de los grandes se decretó la inalienabilidad de una parte de los bienes de los monasterios: la mesa conventual, que pasaba a ser el conjunto de los monjes.

Benito de Aniano murió el 821 y buena parte de sus proyectos quedaría en un cúmulo de buenas intenciones. El monacato carolingio acabaría padeciendo las mismas vicisitudes que el conjunto de la vida material y espiritual. La codicia de magnates laicos y eclesiásticos y la rapiña de normandos, magiares y sarracenos convirtieron a los monasterios en preciadas presas. Cuando en el 910 el monje Bernon funde la abadía de Cluny se estará muy lejos aún de lo que, con el discurrir de los años, va a ser la primera orden monástica auténticamente europea.

Dentro del laicado, los sentimientos religiosos de las capas sociales más altas son lógicamente los más fáciles de reconstruir.

En su cúpula, los monarcas carolingios fueron hijos de los condicionamientos políticos del momento. Así, Carlos Martel, hombre de fe sólida, fue secularizador de amplios bienes eclesiásticos. Su hijo Pipino el Breve mantuvo ya contactos directos con el papado e intentó suavizar la política demasiado brusca de su progenitor.

Carlomagno fue presentado por su biógrafo Eginardo en *Vita Karoli* como

cristiano ejemplar. Sin embargo, sus comportamientos religiosos están plagados de sombras: la actitud despótica con la que trató frecuentemente al Papado; sus reiteradas interferencias en nombramientos y asuntos eclesiásticos; su brutalidad en el sometimiento y evangelización de los sajones; su vida familiar un tanto irregular (repudio de su primera mujer, una princesa lombarda, por razones políticas; frecuente concubinato...), etcétera.

Luis el Piadoso fue más respetuoso con los intereses eclesiásticos. Sin embargo, sus dificultades en el campo político y los enfrentamientos entre sus sucesores coadyuvaron a la larga al debilitamiento de la Iglesia en su conjunto.

En relación con la masa de laicos, la jerarquía eclesiástica a través de la legislación conciliar y el poder civil a través de su aparato institucional trataron de inculcar el sentido de las verdades de la fe y el valor de las ceremonias y vías de perfección brindadas.

Así, el bautismo, auténtica carta de ciudadanía en la sociedad cristiana, se impuso como obligatorio a través de los capitulares del siglo IX. En cuanto a la penitencia, se trató de crear todo un sentido de reconciliación del cristiano merced al desarrollo de prácticas esbozadas en el período anterior: énfasis de la penitencia privada sobre la penitencia pública, reservada de ésta para las faltas más graves, dirección de conciencia de los fieles, etcétera.

Si el estado monástico era el más perfecto y el sacramento del orden el más excelso, para los laicos era el matrimonio el estado ideal. La jerarquía eclesiástica luchó para imponer la indisolubilidad del vínculo, aunque los múltiples escollos forzaron a tomas de posición posibilistas. De ahí por un lado, la transigencia ante la moral conyugal de Carlomagno y, por otro, las severas disposiciones del concilio de París del 829, la actitud de Nicolás I frente al repudio de su mujer por parte de Lotario II, o la exigencia de la bendición sacerdotal como requisito para la legitimidad del sacramento. La Iglesia, en definitiva, trataba de hacer del matrimonio algo más que un gesto privado en el que bastase el mero consentimiento de los cónyuges.

Diversos sínodos recalcaron la necesidad de mantener un vivo diálogo con la masa de fieles. Así, a la predicación se le dio un sentido más popular mediante la recomendación (sínodo de Maguncia del 847) de utilizar la lengua vulgar. El culto a los santos cobró un creciente impulso no sólo como modelos de vida, sino también como mediadores ante una divinidad cada vez más lejana. Las familias reinantes pronto los introdujeron en sus filas: los carolingios, así, se hacían descendientes de los santos Arnulfo y Bega. El enriquecimiento del santoral fue, hasta muy entrado el siglo X, en beneficio de advocaciones puramente locales. Muy tardíamente el Pontificado intentaría imponer su reserva en cuanto a las canonizaciones.

Con todo, la capacidad de penetración de la Iglesia sobre la masa popular era muy limitada. El bajísimo nivel cultural del clero parroquial no permitía concebir buenas esperanzas a corto plazo. Como tampoco la cristianización *manu militari* de importantes bolsas de paganismo que, una vez evangelizadas, fueron cristianas sólo de nombre durante largo tiempo. El caso de los sajones puede resultar sumamente ilustrativo.

El renacimiento carolingio

Uno de los principales mentores culturales de la Europa carolingia —Alcuino de York— al referirse al traslado de su biblioteca desde Inglaterra a Francia diría que *el jardín del Eden no estará así sólo en York como un jardín cerrado, sino que se le verá crecer también en esta Turena de Francia como retoño del árbol del paraíso. Que sople entonces el austro en los jardines del Loira y todos quedarán impregnados de su perfume.* Lírica forma de sintetizar lo que significó el renacimiento carolingio: un desplazamiento hacia el cogollo de Europa de las iniciativas culturales surgidas en la periferia años atrás.

Escritor poco original aunque excelente organizador, Alcuino fue el principal promotor de un amplio programa de educación que tuvo en la *Admonitio Generalis* del 789 una de sus mejores declaraciones programáticas. El proyecto cubría tres círculos:

El primero, el de la *Escuela Palatina,* que acogió a intelectuales venidos del exterior, a un reducido grupo de colaboradores de Carlomagno y a los hi-



Alcuino de York y Rabano Mauro entregan una obra a Edgardo, obispo de Maguncia (miniatura del *Codex Fuldensis*, siglo X, Biblioteca Nacional de Viena)

jos de los grandes. Personajes como el lombardo Paulo Diácono, el visigodo Teodulfo y el anglo Alcuino (considerado como omnisciente) crearon un peculiar círculo cultural. Sus principales protagonistas adoptarían en sus reuniones —que hoy se nos antojarían completamente banales— nombres clásicos o bíblicos: Teodulfo sería Píndaro, Alcuino sería Horacio, el abad Agilberto sería Homero y Carlomagno sería David. Eginardo diría del monarca que *aprendió junto a Alcuino la retórica, la dialéctica y, sobre todo, la astronomía, aprendiendo a estudiar con sagacidad el curso de los astros...*

El segundo círculo al que se dirigía la política educativa de Alcuino lo constituían clérigos y monjes. Se seguían, así, las directrices aprendidas en su Nortumbria natal de su maestro Egberto, discípulo de Beda el Venerable, la gran figura intelectual de la Inglaterra de principios del siglo VIII. Lectura, escritura y canto eran las bases de conocimiento para un estamento eclesiástico al que Alcuino deseaba versado en el *trivium* y el *cuadrivium.* El ingenuo optimismo del consejero de Carlomagno queda reflejado en una carta en la que se hablaba de establecer en Francia una Atenas que, ennoblecida por la enseñanza de Cristo pudiera superar a la antigua. Años más tarde (en el 817) Benito de Aniano fijaba entre sus objetivos reformadores la promoción de escuelas en los monasterios.

El tercer círculo educativo había de corresponder a la masa de niños del Imperio. La propia *Admonitio Generalis* es tajante al decir que *en cada obispado y cada monasterio haya escuelas para que los niños aprendan los salmos, las notas, el canto, el cálculo, la gramática, y que en todas ellas haya li-*

bros cuidadosamente corregidos. En años sucesivos se darían otras instrucciones similares: Teodulfo de Orleáns ordenaría la apertura de escuelas en aldeas y burgos de su diócesis; en el 825 Luis el Piadoso daba instrucciones similares; y en el 859 todavía se legislará en el concilio para escuelas catedralicias y escuelas públicas.

Las limitaciones de un proyecto

La pobreza de medios y las necesidades y conveniencias de la época hacen pensar en muy parcos resultados en lo que a la política cultural de los carolingios se refiere.

Así, los materiales bibliográficos de los principales centros culturales —los monasterios— eran harto limitados. Los catálogos de las bibliotecas monásticas que han llegado hasta nuestros días permiten hablar de un máximo de quinientos títulos para la abadía de Reichenau en el 822. Los fondos de Colonia para la misma fecha no llegarían al medio centenar... Y las migraciones de normandos y húngaros contribuyeron a la destrucción y dispersión de bibliotecas.

Por otro lado, la escasa originalidad de los personajes de la época es patente. Lo mismo que su limitada formación personal. Según Eginardo, Carlomagno hablaba bien el latín, entendía simplemente el griego y, por mucho que practicó, no llegó nunca a saber escribir. La única obra de Alcuino propiamente filosófica *(De natura animae)* repite ideas de san Agustín. Eginardo siguió servilmente el modelo de Suetonio. Rabano Mauro (primera mitad del siglo IX), al que se tenía como hombre de cultura enciclopédica, no pasó en su *De universo* de ser un mero imitador de san Isidoro de Sevilla...

Los espíritus más innovadores —bordeando alguno la heterodoxia— aparecen tardíamente, con la desintegración del Imperio: es, sobre todo, el último de los grandes irlandeses: Scoto Eurigena. Fue quizás la única personalidad del renacimiento carolingio versada en letras griegas: tradujo al latón la obra del Pseudoareopagita y redactó un tratado con el título *De divisione naturae,* en donde dio una visión del cristianismo a la luz del platonismo que pronto se consideró sospechosa. Su figura quedó aislada y no dejó prácticamente legado alguno a su muerte en el 877. A partir de este momento, la crisis del pensamiento es pareja a la de la Iglesia en general.

Los fines utilitarios de los proyectos educativos de Carlomagno y sus consejeros —formación de cuadros— y la consideración de las ciencias profanas como mera propedéutica para el conocimiento de la filosofía cristiana, lastraron ampliamente las posibilidades de expansión. Es ilustrativa la comparación que Alcuino hace de las siete artes liberales con las siete columnas del templo de la sabiduría: a través de ellas, dice este personaje, *los doctores y defensores de nuestra fe han vencido en todas las disputas teológicas.* Y no menos ilustrativa es la tajante afirmación de Scoto Eurigena de qué *la verdadera filosofía no es otra que la verdadera religión y viceversa.*

La Atenas de Cristo que aspiraban a construir los intelectuales carolingios cerraba el círculo ideológico iniciado tiempos atrás en el que la filosofía se convertía en sierva de la teología.

¿Fue la Europa carolingia una apuesta cultural y religiosa tan fracasada como la apuesta política? La aparente regeneración ¿no fue más que una frustrada esperanza que se arrastró lánguidamente?

Es obvio que las limitaciones del momento impidieron llevar a la práctica hasta sus últimas consecuencias los proyectos impulsados al calor de una cierta estabilidad política. Con todo, la Europa de Carlomagno y sus sucesores inmediatos vio cómo tomaba consistencia una serie de principios esbozados años atrás.

En primer lugar, el desplazamiento hacia el Norte de los principales centros culturales y religiosos en detrimento de un Mediterráneo anquilosado. En la medida en que Aquisgrán suplanta a Roma como capital, los grandes monasterios germánicos adquieren un peso equiparable, si no superior, al de los viejos hogares de Provenza o Italia. El mapa cultural de la nueva Europa —pese a sus múltiples lagunas— quedaba diseñado al compás de la *dilatatio Christianitatis.* Las incursiones de normandos, húngaros y sarracenos trajeron una profunda crisis de esta labor, pero no provocaron pérdidas irreversibles. Europa, apunta L. Musset, arriesgó en aquella operación más su fortuna



Rabano Mauro ofrece una de sus obras al papa Gregorio IV (Biblioteca Nacional de Viena)

que su existencia. Abadías y sedes episcopales fundadas y impulsadas por los carolingios y dañadas por las invasiones serán quienes, resurgiendo de sus propias cenizas, reinicien la labor educadora de esclavos, magiares o escandinavos.

En el campo de la teología —y a pesar de las naturales debilidades de sus mentores— Europa se hizo con los carolingios dueña de su pensamiento, aunque ello fuera en perjuicio de sus relaciones con un Bizancio que, habitualmente, había marcado la pauta en la proclamación de las grandes verdades de la fe. Y en posible detrimento, también, de la concordia entre los papas y los gobernantes del Occidente. En último término, el renacimiento carolingio y la propia visión que de la sociedad dieron sus intelectuales contribuyeron a acentuar la división entre clérigos y laicos. Por mucho que se deseara universal, dicho *renacimiento* fue un movimiento esencialmente clerical y al servicio de los clérigos. La degradación de la escuela antigua permitió el triunfo de la escuela cristiana en los marcos del monasterio, la diócesis o —más limitadamente— la parroquia. Unos marcos que afirmarían una idea básica: la del clérigo letrado frente al laico ignorante —*illiteratus*—, al menos de las letras latinas, cuyo cultivo habría de ser patrimonio de unos pocos.

Las creaciones artísticas

Gisela Ripoll
Universidad Nacional de Educación a Distancia

El arte carolingio es la imagen última del mundo clásico que pervive a través de la Antigüedad tardía y de la época de las migraciones. A la vez, es la manifestación nueva de lo que se ha denominado renacimiento carolingio, entendido como tiempo de gestación de lo que será posteriormente el arte románico. En realidad este arte no es la manifestación del arbitrio soberano del emperador Carlomagno, entonces el más poderoso monarca occidental, sino la expresión plástica y voluntariamente asumida de un pasado cuyo genio creador es indiscutible, unida a las capacidades y a la nueva mentalidad de grandes artistas.

Es evidente que el arte carolingio es un heredero directo del mundo romano y en especial de las producciones artísticas de los siglos VI y VII. Pero aun contando con dicha herencia, introdujo un cierto número de innovaciones que le dan una forma coherente y una personalidad propia. Es la manifestación, a veces contradictoria, del espíritu de una época.

Hay que recordar que el arte carolingio no es sólo un reflejo del poder estatal, un gusto imperial o un arte aristocrático —lo que podría deducirse de algunos textos de su tiempo—, sino también la representación plástica de una mentalidad popular que lo entendía y lo apreciaba. Con lo dicho queremos subrayar que el arte del período carolingio existe con individualidad propia y como resultado de un hecho social que no quiere revivir el pasado —por el que se interesa vivamente—, sino desarrollarlo introduciendo novedosos conceptos artísticos, dejando bien sentadas las bases de lo que será en un futuro inminente el arte románico.

Arquitectura

En las páginas que siguen intentaremos definir las características básicas de dicha producción artística, integrada en un proceso al mismo tiempo político, cultural y religioso, desde la arquitectura a las artes del metal, pasando por la escultura, la pintura, la musivaria, los manuscritos y los marfiles.

El primer problema que plantea el estudio de la arquitectura de época carolingia es la definición y análisis de las pequeñas construcciones rurales que no siguen la corriente constructora oficial. Además, existe un verdadero desconocimiento de las formas del habitat, tanto urbano como rural. En efecto, se conocen bien las construcciones oficiales de los grandes monasterios e iglesias, pero el desconocimiento es total en lo que a la arquitectura doméstica se refiere.

La arquitectura religiosa de los siglos VIII y IX hará evolucionar de forma que podríamos llamar *extraordinariamente moderna* el modelo basilical clásico de la Antigüedad, que durante tanto tiempo perduró casi sin cambios. A la fórmula tradicional de tipo basilical se le yuxtapone una serie de elementos que llegarán a integrarse perfectamente dentro del conjunto. Este es el caso de San Salvador de Paderborn (777) o de Niederdornberg (790).

El ejemplo más claro es el de torre y basílica formando una construcción única y principal, rodeada de gran número de edificios dependientes del núcleo básico y distribuidos sin orden a su alrededor. El arquetipo más significativo es el de Céntula-Saint-Riquier (Somme), donde la variedad de santuarios responde a necesidades litúrgicas. La construcción fue dirigida por Angilberto, yerno de Carlomagno, y, por tanto, debe ser incluida dentro del grupo de edificios que siguen la corriente arquitectónica áulica de finales del siglo VIII.

La enorme construcción de la iglesia-abadía es hoy conocida gracias a dos dibujos tardíos conservados en la Biblioteca Nacional de París, uno de



San Juan Evangelista
(miniatura de los *Evangelios de Lorsch*,
Biblioteca Vaticana, Roma)

Petau, del año 1612, y otro de Mabillon, de 1673, que reproducen los que existían en la crónica de Hariulfo de hacia 1090. Si se acepta esta frágil base documental, habrá que aceptar también que Céntula-Saint-Riquier fue una de las construcciones más importantes de su tiempo, que no dejaría de irradiar una gran influencia.

En este conjunto se observa un proceso de integración de los diversos elementos que es más difícil de observar en el grupo episcopal de Metz. En este último la liturgia era de características muy antiguas, semejantes a las de Roma o Jerusalén. En Metz, las iglesias se distribuyen alrededor de un claustro y en cada una de ellas —Saint Etienne, Saint Pierre-le-Grand y Saint Pierre-le-Vieux— se celebraban diferentes ceremonias del calendario litúrgico.

Las modificaciones que se producen desde finales del siglo VIII, y a lo largo de todo el IX, son el testimonio de la búsqueda de una nueva concepción espacial. Esta misma busca de nuevas soluciones se encuentra no sólo en la ornamentación decorativa de los edificios, sino también en las artes del metal o artes suntuarias, que recuerdan en gran medida las producciones de la orfebrería de lujo del mundo romano tardío y del tiempo de las migraciones, tendiendo a un gran perfeccionismo.

Una de las innovaciones que surge a finales del siglo VIII y que se desarrollarán durante todo el siglo IX es la llamada fórmula o solución de la *anteiglesia,* o *westwerk* de los alemanes, que consiste en dar una gran monumentalidad y majestuosidad a la entrada occidental de la iglesia. Existe en Céntula y se reproducirá en muchos conjuntos monásticos y catedralicios, como son, por ejemplo, Halberstandt, Hildesheim, Lorsch, Minden, Reims y Corvey, entre otras. Este monasterio sajón de Corvey, sobre el río Weser (Alemania), creado por la abadía de Corbie (Somme, Francia), es seguramente el ejemplo más característico.

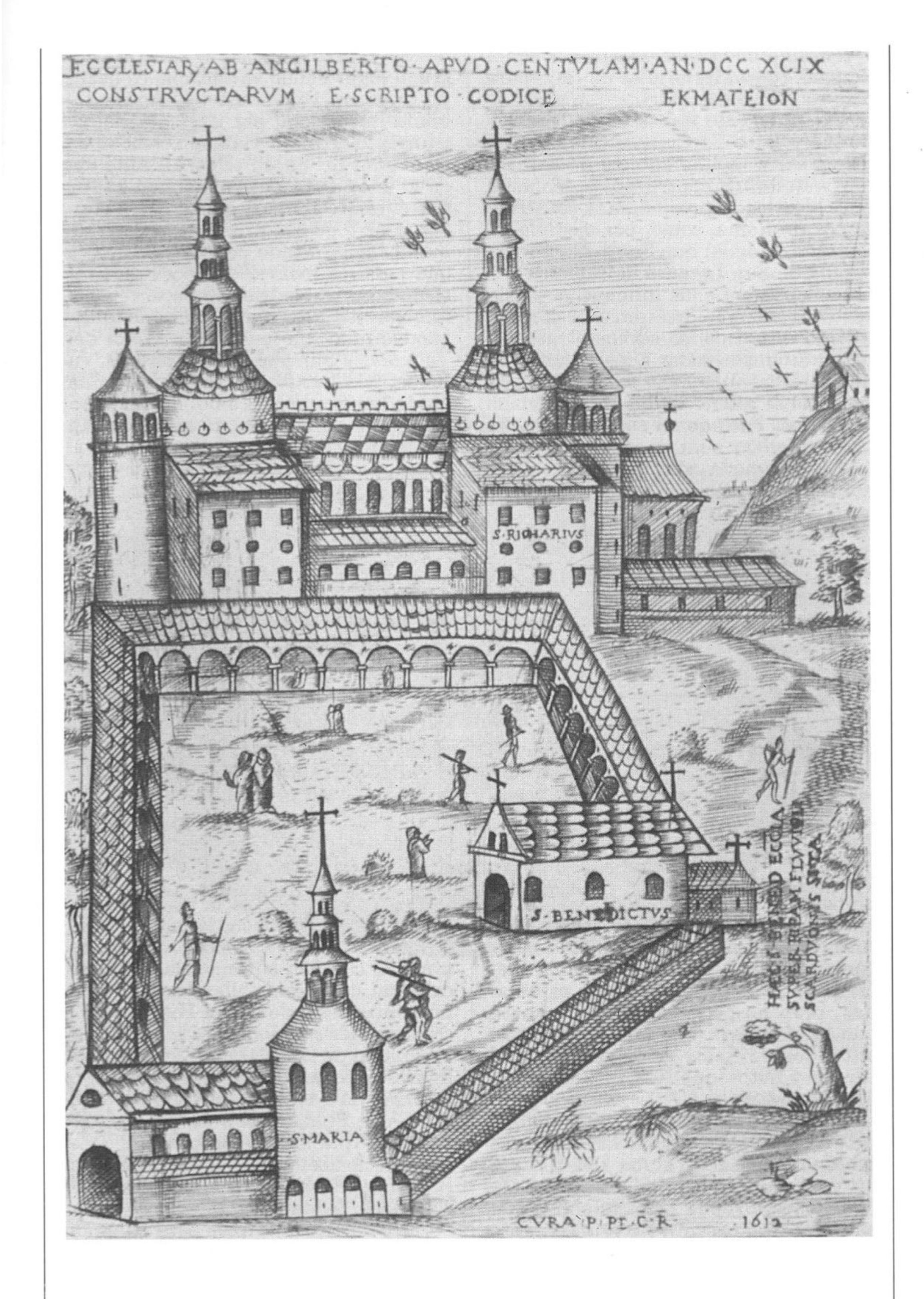
La primera basílica se fecha entre los años 822 y 844, pero el conjunto del *westwerk* corresponde cronológicamente a los años que transcurren entre el 873 y el 885. La importancia de Corvey reside en el hecho de que es el único edificio de aquel momento que ha conservado en elevación este tipo de anteiglesia, que también cabría llamar iglesia-pórtico. Es interesante señalar que las excavaciones recientemente efectuadas en el santuario de Santa María de Corvey han puesto de manifiesto un edificio de forma externa dodecagonal, cuya parte central es un hexágono.

Este tipo de construcciones de planta central permite pasar a comentar las capillas palatinas en las que la planta basilical es abandonada por la central, recordando algunos monumentos romanos, pero adoptando nuevas soluciones, sobre todo en lo que concierne al plano vertical.

La capilla palatina de Aquisgrán fue construida entre los años 792 y 798 por el arquitecto Eudes de Metz. Se compone de una planta poligonal externa que encierra en su interior un espacio central octogonal de elevación superior al corredor externo. La capilla estaba directamente unida a las dependencias del palacio. La disposición arquitectónica de los espacios, en particular el del trono real en el piso superior, con visión directa sobre el altar del Salvador y sobre la representación musiva en la cúpula —que en la actualidad es una copia del siglo XIX— el Salvador en majestad con los veinticuatro ancianos del Apocalipsis entregándole las coronas, atestigua una evidente jerarquía.

La filosofía del poder, materializada con suma perfección arquitectónica y decorativa en Aquisgrán, refleja la prepotente posición del soberano como *vicarius Dei,* es decir, ocupa un lugar más cercano a Cristo, puesto que los fieles tenían su lugar en la planta baja. Cinco años después de la coronación imperial de Carlomagno en San Pedro del Vaticano, en Roma, por León III, este mismo papa consagró el año 805 la capilla palatina de Aquisgrán, dedicada al Salvador y a la Virgen.

Se ha discutido mucho sobre las influencias que pudo recibir el grupo de arquitectos de la capilla dirigidos por Eudes de Metz, y sobre los conocimientos de arquitectura que poseía Carlomagno. Se ha repetido con frecuencia que San Vital de Rávena fue el edificio tomado como modelo por el soberano, pero tal hipótesis parece que tiene que ser desechada si se observa que la planta de la construcción ravenaica es la de un octógono inscrito en otro y que no fue hasta el año 801 cuando Carlomagno visitó por primera vez dicha ciudad.



Abadía de Saint-Riquier,
según un grabado de comienzos del siglo XVII
(Biblioteca Nacional, París)

Evidentemente, el emperador tenía noticias con anterioridad de tan ejemplar construcción, al igual que sabía de la existencia de Santa Sofía, Santos Sergio y Baco en Constantinopla y de los edificios monumentales de Jerusalén y Belén. Por otra parte, conocía muy bien las impresionantes construcciones de Roma, como, por ejemplo, el Panteón, al igual que Santa Elena y la cúpula de San Lorenzo de Milán.

La cuestión de las influencias puede resultar interesante para el conocimiento actual de los edificios que más pudieron impresionar a los arquitectos de los siglos VIII y IX. También puede serlo como reflejo de los intercambios artísticos. Pero quizá sea más importante analizar cuál es el secreto de la nueva búsqueda espacial que se plasma en la capilla palatina de Aquisgrán. Probablemente una de sus novedades más admirables es la diversidad de tipos en cúpulas y bóvedas, concebidas por su arquitecto no para enriquecer la construcción, sino para simplificar los volúmenes.

Elementos

Hay que hacer mención, además, de dos elementos introducidos no recuperados por la arquitectura carolingia: los ábsides contrapuestos y el transepto. Los ábsides contrapuestos aparecen a partir del año 787 en Saint Maurice-d'Augune (Suiza) y sustituyen en realidad a la anteiglesia que se citaba anteriormente. Las basílicas de ábside contrapuesto son muy frecuentes en la Antigüedad cristiana, sobre todo en el Norte de Africa y en la Península Ibérica, donde han sido muy bien estudiadas, pero no podemos afirmar hasta qué punto existe o no una continuidad entre los edificios de la Antigüedad tardía y éstos que nos interesan de época carolingia.

En Saint Maurice-d'Augune, el ábside occidental albergaba las reliquias de san Mauricio y estaba rodeado por un deambulatorio semicircular. Este fenómeno se repite exactamente igual en Saint Gall (Suiza). En este conjunto aparecen de nuevo los ábsides contrapuestos, uno de ellos con deambulatorio, el cuerpo central, siguiendo la planta basilical de tres naves y con un transepto entre esas naves y el ábside.

Debemos señalar que el ábside occidental estuvo dedicado a san Pedro y era el lugar donde se oficiaba; es decir, *ad orientem,* siguiendo la liturgia romana recuperada por Carlomagno. El transepto de Saint Gall, así como el de la abadía de Fulda (Hesse), fundada en el año 744 y reconstruida en el 802 por el abate Ratgar, deben ser incluidos dentro de ese proceso litúrgico romanizador iniciado por Carlomagno y que persiste todavía en época de Luis el Piadoso. Estos transeptos se relacionan con los más conocidos de la Antigüedad, que son los de San Pedro del Vaticano y San Pablo Extramuros, en Roma, y las basílicas donde predomina el eje longitudinal, como las también romanas de Santa María en Cosmedín y San Juan en Puerta Latina.

Saint Gall no sólo merece ser mencionado por lo antes expuesto, sino también porque de este monasterio poseemos una valiosísima información. Se trata de la planta que fue esbozada entre los años 817 y 823. En ella se señalan con precisión todos los espacios que abarcan las soluciones a las necesidades de una sociedad monástica dedicada no sólo a la vida contemplativa, sino también a la enseñanza y a la formación cultural e intelectual. Desde que en el año 789 Carlomagno decretara como obligatorio que todo monasterio albergase una escuela para las enseñanzas clásicas de la gramática, la aritmética y el canto, en estos lugares se potenciaron además, y como veremos más adelante, los *scriptoria* y las bibliotecas.

La romanización de la liturgia aplicada a la construcción, lo que algunos autores denominan el *more romano,* es también clara en la remodelación de la catedral de Colonia, llevada a cabo a principios del siglo IX por Hitibaldo. El contraábside occidental es exactamente igual al de Saint Gall, y los dos configuran en este edificio una perfecta simetría. La catedral de Colonia y la abadía de Fulda fueron los exponentes formales que influyeron sobre el arte románico alemán representado en Bamberg, Hildesheim, Maguncia, Maria Laach, Naumburg, etcétera.

No podemos finalizar este examen general de la arquitectura carolingia sin mencionar el oratorio privado del abate Teodulfo, de origen visigodo, consejero y cronista de Carlomagno; recordemos sus *Libri Carolini.* Entre los años 799 y 818 era abate de Fleury,

el futuro Saint-Benoît-sur-Loire (Loiret), y fue entonces cuando hizo construir el conjunto episcopal de Germigny-des-Prés (Loiret). La planta del edificio-oratorio es de tipo central, compuesta de un cuadrado dividido en nueve naves. Un lado rematado con tres ábsides y los otros tres con un sólo ábside exento. Dicha planta debe ser puesta en relación con la capilla de La Piedad de San Sátiro de Milán, aunque ésta de cronología más tardía, pues sabemos que fue consagrada por el obispo Ansperto (873-881), pero cuyas connotaciones carolingias no pueden ser desechadas. El ábside oriental



Representación del Arca de la Alianza, por cuya seguridad velan los ángeles (mosaico del ábside de la iglesia de Germigny-des-Prés, comienzos del siglo IX)

de Germigny está ocupado por el mosaico con la representación de los ángeles protegiendo el arca de la alianza, tema musivo que aparece exactamente igual en Santa María Mayor de Roma y también en manuscritos latinos antiguos que nada deben a una supuesta influencia o técnica bizantina.

La muerte del emperador Carlomagno, en el año 814, dio lugar a una evolución arquitectónica totalmente diversa. Las medidas monumentales de las construcciones se reducen y a la ornamentación plástico-decorativa se le confiere un papel menor. La nueva concepción de los espacios y de los volúmenes introducida con el renacimiento carolingio, la búsqueda de nuevas soluciones y las transformaciones conceptuales sobre el ritmo arquitectónico finalizan con el reinado de Carlomagno. Pero habían quedado bien sentadas ya las bases del inminente arte románico.

Decoración

Dentro de la práctica decorativa de los edificios carolingios se encuentran dos categorías de escultura: la realizada en piedra o mármol con la técnica del relieve plano, y la modelada en estuco. Ambas son técnicas heredadas de la Antigüedad tardía.

Se sabe que existía la escultura trabajada sobre estuco, según noticia del *Libellus Angilberti,* abate de Saint-Riquier, y por los *Libri Carolini,* pero dada la fragilidad de este tipo de material, los hallazgos son escasísimos. Al parecer, en la abadía de Angilberto existieron unas esculturas representando el ciclo de la Natividad, la Pasión, la Resurreción y la Ascensión, que además de estar pintadas estuvieron ornamentadas con piedras preciosas. La cronología atribuida a los ha-

llazgos de Disentis (Suiza) corresponde al siglo VIII; por el contrario, los estucos de Malles (Alto Adigio, Italia) se fechan a principios del siglo IX.

También ha dado lugar a polémicas el grupo escultórico del llamado templo lombardo de Santa María in Valle, en Cividale (Friuli). Estilísticamente, pero con muchas reservas, podría corresponder a la primera mitad del siglo VIII, aunque no debe desdeñarse la posibilidad de que pudiera tratarse de una obra de los alrededores del año 1000.

En este oratorio palatino, la decoración en estuco se basa en una serie de formas vegetales que encuadran un cortejo femenino de santas veladas y mártires con sus coronas. Los estucos de San Salvador de Brescia (Lombardía), de tipo geométrico y vegetal, deben ser puestos en relación con los de Cividale.

En lo que a capiteles respecta, los hallazgos son poco numerosos, o a veces no se han sabido identificar. La evolución simplificadora y reductora de volúmenes, nacida en la Antigüedad tardía, perdurará en las producciones de los artistas carolingios, pero no por ello se les restará armonía y elegancia. Los capiteles de San Lorenzo de Grenoble y los de la cripta de Auxerre (Yonne) atestiguan esa belleza simplista. La reducción de volúmenes es fácilmente observable en los capiteles de San Zenón de Bardolino (Verona) y en la capilla de la Piedad en San Sátiro de Milán.

La habilidad en la talla de la piedra de los artistas de época carolingia quedó plasmada en los canceles, como los de Saint-Pierre-en-Citadelle de Metz. La extensión geográfica es amplísima, lo que hace dudar si se trataba de artesanos itinerantes, de artistas formados en una misma escuela o si las piezas eran elaboradas en unos pocos talleres y luego exportadas.

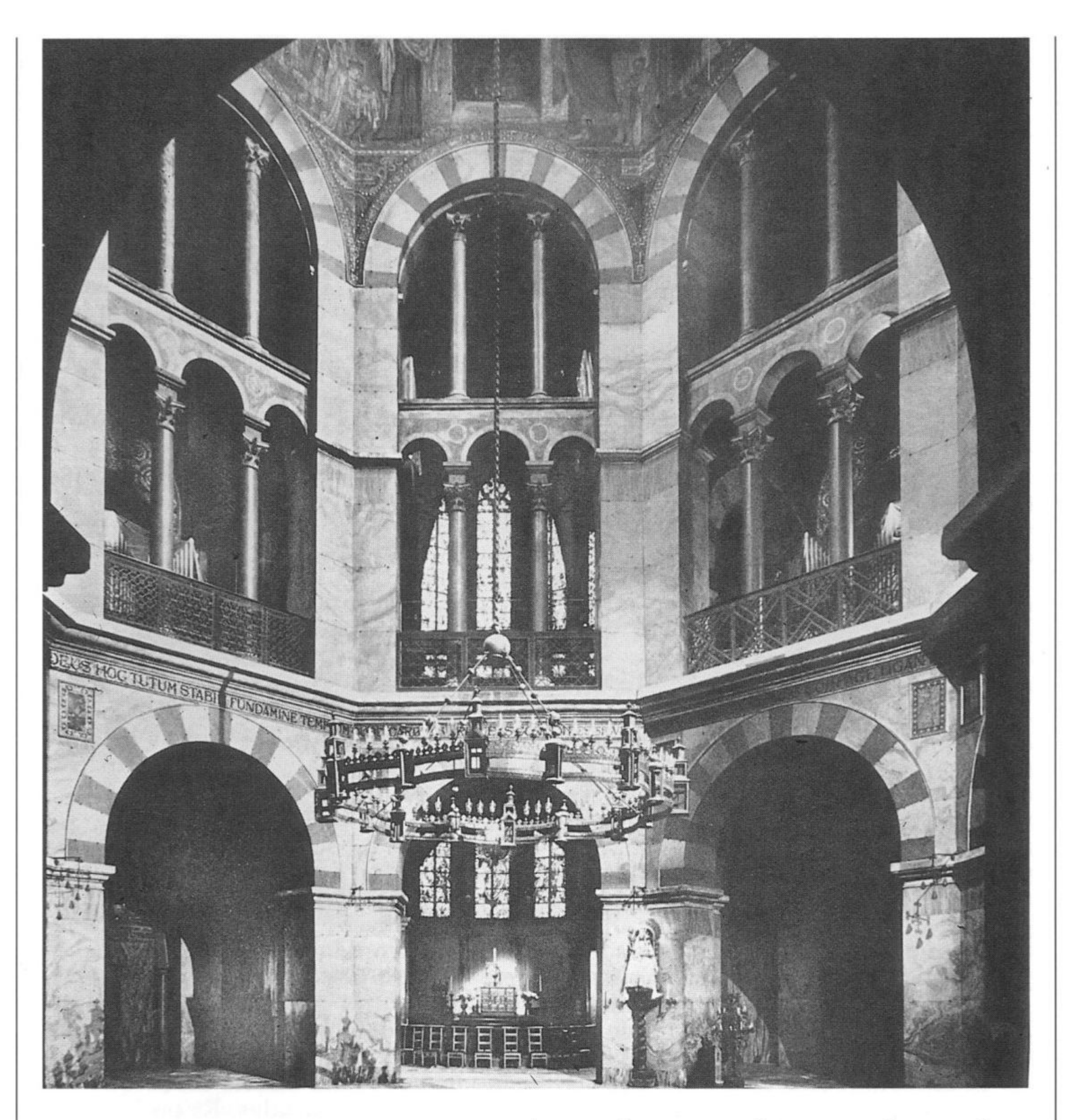
Estas grandes placas de cancel estaban decoradas con una ornamentación cuyo abanico de motivos es amplísimo, aunque es casi siempre geométrico o vegetal. Las basílicas de Roma poseen abundantísimos ejemplos de esta moda, siendo quizá las más representativas Santa María in Trastevere y Santa Sabina en el Aventino, por citar algunas. En el Norte de Italia este tipo de escultura y ornamentación se encuentra en el cimborrio de San Apolinar in Classe, en las placas de San Calixto de Cividale, en San Calogero de Albenga y en un larguísimo etcétera. Se extienden por todo el territorio galo, desde Marsella a Burdeos, pasando por Aix-en-Provence y Angers. Estos relieves planos de finales del siglo VIII y del IX muestran en la arquitectura de época carolingia un perfeccionismo que, partiendo de la herencia antigua, ha sabido crear algo nuevo, incluso dentro de unos límites, a la vez geométricos y abstractos.

Hemos hecho mención más arriba de la existencia del mosaico de la cúpula de Germigny-des-Prés con la representación del arca de la alianza protegida por los ángeles. También aludíamos a la cúpula de la capilla palatina de Aquisgrán con el supuesto mosaico representando la Visión del Apocalipsis. En las regiones donde la influencia romana era más fuerte se desarrolló también con más energía la técnica musivaria; así, por ejemplo, las iglesias de Roma decoradas con mosaico son muy abundantes.

La decoración mural, basada principalmente en la pintura al fresco de tipo figurativo, es mejor conocida, aunque dispersa. Se conservan restos en Saint-Germain d'Auxerre (Yonne), Castelseprio (Lombardía), San Juan de Münster (Suiza), San Máximo de Tréveris (Renania), también en Malles (Alto Adigio), San Salvador de Brescia y en San Clemente y Santa Práxedes de Roma. Sabemos por los textos que existieron también en Lorsch (Hesse) y en los palacios de Germigny-des-Prés e Ingelheim (Renania).

Los manuscritos

Quizá es en la producción artística de la pintura mural donde se hace más difícil marcar las diferencias y similitudes, junto a unas tradiciones y filiaciones, debido a que se trata de descubrimientos más recientes, por tanto, investigaciones todavía en curso e hipótesis sin solucionar. Por ejemplo, las 78 escenas de Münster, hasta hace poco tiempo desconocidas, permiten engrosar el ciclo de escenas pictóricas conocidas como los *Cristos aureolados* de tipo siríaco, el *Juicio Final presidido por Cristo, el rey David*, etcétera, todos ellos correspondientes muy probablemente a finales del siglo VIII.



Capilla palatina de Aquisgrán, debida al arquitecto Eudes de Metz, finales del siglo VIII

Asociados siempre al concepto de renacimiento carolingio, encontramos los manuscritos iluminados y realizados en los *scriptoria* monásticos. En estos manuscritos radica toda la voluntad soberana, pues, además de ser un instrumento imperial al servicio de la Corte, son un vehículo transmisor de cultura, tanto pasada como presente.

A finales del siglo VIII, entre los años 780-783, Godescalco ofreció un evangeliario a Carlomagno y a su esposa, la reina Hildegarda (París, B.N., n. acq. lat. 1203), particularmente sorprendente por el tamaño de sus figuras, como el Cristo en majestad, los Evangelistas o la Fuente de la Vida, tema este último heredado del mundo paleocristiano. Empieza a partir de este momento lo que se ha dado en llamar la escuela palatina de Aquisgrán, que influye la llamada escuela de Ada. Esta escuela realizó otros evangeliarios para Carlomagno, como el de Saint Médard de Soissons (París, B.N., lat. 8850) con representaciones de la Fuente de la Vida y los Evangelistas, con la novedad de situarlos en perspectivas arquitectónicas.

Correspondientes también a la escuela palatina son el Evangeliario de Oro (Biblio. del Arsenal, ms. 599), el manuscrito de Londres (British Museum, Harley, 2788), el evangeliario de

Tréveris, dedicado a Ada (Stadtbibliothek, cod. 31) y el de Abbeville, procedente de Céntula-Saint Riquier, que fue probablemente un regalo de Carlomagno a Angilberto en la Pascua del año 800.

De carácter mucho más ilusionista y original es otra serie de manuscritos que están relacionados con esta escuela palatina: el Evangeliario de la Coronación en el Tesoro imperial del Hofburg (Viena), y el de Bruselas (Biblio. Royale, ms. 18723). En estos evangelios rigen prioritariamente los cánones de la Antigüedad, diferentes a los relacionados con esa escuela palatina; quizá por ello debemos pensar en una descentralización artística, que se hará sentir de forma evidente a partir del siglo IX.

Como centros provinciales ya tardíos aparecen los de Reims, Tours y Metz. En Reims, bajo el arzobispado de Ebbon (816-835), se realizó el conocido Salterio de Utrecht (Biblio. der Rijksuniv.). En esta magnífica obra el análisis plástico de los personajes y arquitecturas tiene referencias exactas, sobre todo en los edificios paleocristianos, que son en realidad representaciones sintéticas. La otra escuela provincial a la que se ha hecho referencia era la de Tours, que empezó a trabajar a principios del siglo IX. Pero fue a partir del año 850 cuando se inició su mayor relevancia, y muestra de ello es la Biblia de Grandval (Londres, British Museum, add. 10546), la Biblia de Vivien (Paris, B.N., lat. I) y el Evangeliario de Lotario (Paris, B.N., lat. 266).

En el mismo momento en que la escuela de Tours está funcionando activamente, también lo está haciendo la de Metz, girando alrededor del obispo de dicha ciudad, Drogon. Conocido por el tipo de ilustraciones alfabéticas con una cierta influencia bizantina, es el Sacramentario de Drogon (Paris, B.N., lat. 9428).

La variedad creativa e ilustrativa de los manuscritos carolingios, con herencias e influencias diversas, dio origen a importantes centros donde se trabajó la miniatura, como los de Inglaterra, Alemania y España. Recordemos la destacada importancia que aquí tuvo la miniatura mozárabe.

Durante la Antigüedad tardía las obras de arte más apreciadas fueron los trabajos en marfil considerados como objetos oficiales. Recordemos el díptico de Boecio (Museo Cívico Cristiano de Brescia), el díptico de Pedro y Pablo (Metropolitan Museum de Nueva York), el conservado en el Tesoro de Milán, el del Museo Nacional de Rávena, etcétera, todos ellos procedentes de talleres romanos, milaneses, ravenaicos o constantinopolitanos. Por tanto, el motor inicial de las encuadernaciones en marfil de los evangeliarios de época carolingia debe ser buscado inevitablemente en esas obras paleocristianas.

La escuela palatina de Aquisgrán, que elaboró la serie de manuscritos y que empezó a trabajar con fuerza a partir de finales del siglo VIII, albergó también a los artesanos del marfil, puesto que manuscritos y encuadernaciones estaban en estrechísima dependencia.

La primera obra que cabe citar, y donde esta influencia antigua es muy perceptible, es la procedente de Saint Martin de Genoels-Elderen (Museos Reales de Arte e Historia, Bruselas). En esta hoja de díptico, los personajes muy esquematizados representan a Cristo triunfante con dos ángeles a sus lados. El estilo de estos personajes, con poco relieve pero con una búsqueda de la perspectiva, recuerda mucho las miniaturas del Evangelio de Godescalco, a las que se ha hecho referencia más arriba.

En este orden de producciones debemos citar la encuadernación de Lorsch (Victoria and Albert Museum, Londres, y Museo Vaticano, Roma). Cada hoja se compone de cinco partes, unidas entre sí, del mismo modo que los dípticos bajoimperiales. Es posible que el artista se inspirase en la cátedra del obispo Maximiano de Rávena, obra fechada a mediados del siglo VI.

Otra encuadernación que se hizo en la escuela palatina es la del Salterio de Carlomagno, que había sido escrito por Dagulfo y ofrecido al papa Adriano I. Al contrario de la obra de Genoels-Elderen, en este díptico aparecen muchísimos más personajes, distribuidos en cuatro espacios diversos —dos en cada hoja— con una abundancia arquitectónica hasta entonces desconocida.

Semejante por su técnica escultórica a la obra de Dagulfo es la conservada en el Tesoro de la catedral de Narbona. Está representada la crucifixión y la pasión de Cristo. Las escenas giran alrededor de la cruz, formando grupos escenográficos no delimitados entre sí.


Relicario del obispo Alteo, hacia 790, construido en plata y esmaltes (tesoro de la catedral de Sión)

Este modelo, tanto temático como escultórico, es el precursor de las obras que se realizaron en Metz, como, por ejemplo, el del Sacramentario de Drogon, caracterizado por una menor rigidez de los personajes y una mayor movilidad escenográfica.

El taller de Reims-Saint Denis, encabezado por el artista Lituardo, y cuyo mecenas fue Carlos el Calvo, presenta un estilo mucho más ágil, pero a la vez cortante, al mismo tiempo que los personajes son vigorosos. Este estilo no es sorprendente si se recuerda que en ese mismo centro se elaboró el Salterio de Utrecht, del cual decíamos que tenía un mayor movimiento compositivo, aunque se trataba de representaciones sintéticas, tanto de personajes como de arquitecturas.

Con estos ejemplos de las producciones de marfil se observa de nuevo la continuidad en el mundo carolingio de una triple influencia: la clásica, la bizantina y la anglosajona. Todo ello tamizado por unos artistas muy hábiles e innovadores, cuyo gusto ha sido pocas veces igualado.

Las artes del metal

El conocimiento que tenemos de las artes del metal de época carolingia es muy limitado, puesto que se ciñe a las de carácter suntuario. Los pequeños objetos de adorno personal nos son totalmente desconocidos. Estos riquísimos objetos suntuarios tienen un origen evidente en las producciones del mundo de las migraciones y del ámbito bizantino, pero demuestran unos logros estilísticamente más perfeccionados.

En el reino franco desde el siglo VI al VIII, fue una costumbre absolutamente generalizada enterrar a los muertos con los objetos de adorno personal, armas y vestimenta. Esta práctica era fruto de la creencia de que estos objetos eran necesarios para la vida después de la muerte. También entre merovingios, visigodos, burgundios, longobardos,

etcétera, se practicó dicho rito, y ello ha permitido a los investigadores conocer numerosas costumbres funerarias, modas y talleres de producción de objetos de estos pueblos.

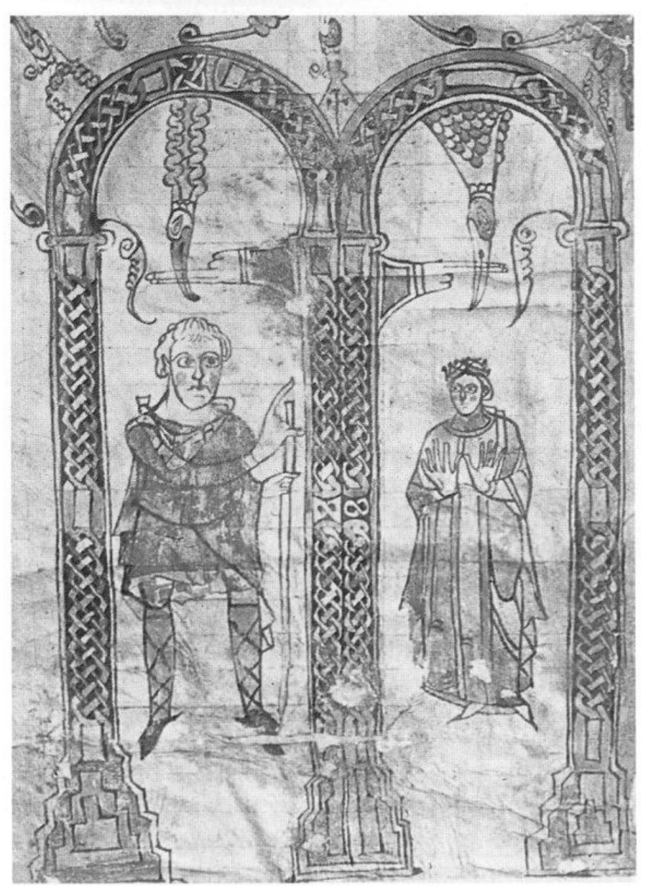
Cuando a partir del siglo IX principalmente, la inseguridad asoló las ciudades, la práctica de inhumar con objetos fue abandonada, debido a las numerosas violaciones y robos de tumbas. Tan sólo los altos personajes cortesanos y eclesiásticos pudieron continuar inhumándose con sus pertenencias, pues lo hacían intramuros de la ciudad, en particular en el interior o alrededor de las iglesias.

Por todo ello, el estudio de las artes del metal se limita a algunos elementos decorativos —como por ejemplo las rejas de Aquisgrán y las puertas— y a las artes suntuarias. Estas producciones se realizaron en talleres al servicio de la Corte, es decir, reflejan de forma extraordinaria las corrientes oficiales y el impacto que en éstas había perdurado del mundo antiguo.

La mayor obra ejecutada en este momento es el altar, también llamado *paliotto,* de San Ambrosio de Milán, que reúne toda la magnificencia de las artes suntuarias. Fue realizado por el maestro Volvinius por encargo del arzobispo Angilberto II (824-859), tal como indica la inscripción: DOMNUS ANGILBERTUS ET VUOLVINI (US) MAGIST (ER) PHABER.

Es probable que fuese realizado por dos artistas. El de la fachada principal, con la *maiestas domini* y veinte escenas de la vida de Cristo, deja entrever una cierta influencia bizantina, con una mayor movilidad y técnica pictórica de las escenas. Por el contrario, los laterales y el reverso, con escenas de la vida de san Ambrosio, fueron realizados con certeza por Volvinius, con un estilo menos recargado, donde se realza el ritmo compositivo. En esta magnífica obra se reúnen todas las técnicas de la orfebrería, desde la filigrana a la incrustación de piedras preciosas. Por una representación en un retablo del siglo XV, sabemos que Carlos el Calvo donó a la





Arriba, Carlomagno (por Durero, 1510, Museo Municipal de Nuremberg); abajo, Carlomagno y su esposa (miniatura de un códice del siglo IX, Biblioteca de la abadía de San Pablo, Lavanttal, Austria)

abadía de Saint-Denis una obra muy semejante al altar de Volvinius.

La técnica más desarrollada en época carolingia, y que indudablemente conocían muy bien los artesanos del mundo de las migraciones, es la denominada técnica del *cloisonné* o mosaico, de cabujones o celdillas. Esta técnica continuó siendo practicada con gran acierto por los artesanos carolingios, sobre todo en la producción de relicarios, puesto que en aquel momento el culto a las reliquias es muy creciente. Ejemplo de ello es el relicario de Enger (Westfalia) (Staatliche Museen, Berlín), que probablemente fue el regalo de bautismo de Carlomagno al príncipe sajón Widukind —celebrado en Attigny el año 785—, cuya superficie está ornamentada con escenas repujadas. Otros ejemplos son el relicario ofrecido por Pipino I de Aquitania a Sainte-Foy de Conques (Aveyron), o el de San Juan de Herford en Westfalia (Staaliche Museen, Berlín). Hay que añadir también el relicario de San Esteban (Kunsthistorisches Museum Weltliche Schatzkammer, Viena), cuya superficie está toda ella ocupada por cabujones de piedras preciosas. Esta obra, aunque de cronología discutida, parece corresponder a los talleres oficiales de época de Carlomagno o un poco posterior.

También hemos de mencionar una de las piezas más extraordinarias de este momento, fechada hacia el año 828. Se trata del modelo de relicario ofrecido por el abate Eginardo a Saint-Servais de Maastricht (Países Bajos), que desgraciadamente desapareció, pero del cual existe un dibujo. Es un modelo en forma de arco de triunfo romano con una riquísima iconografía, de la cual cabe resaltar los personajes ecuestres, Constantino y Carlomagno. Con ello, y con la pequeña estatuilla del emperador conservada en el Museo del Louvre, se demuestra, una vez más, la fascinación del soberano por el Imperio romano y todas sus implicaciones.

Dentro del grupo de las artes suntuarias no se deben olvidar la cruz procesional de Ardennes (Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg), también elaborada con la técnica de cabujones y filigrana, al igual que la cruz del *Sancta Sanctorum;* los cálices y patenas; y los marcos de las cubiertas de los envageliarios que tan ampliamente se distribuyeron por todo lo que se podría llamar con razón la *Europa carolingia.*

Cabría hablar asimismo de otras manifestaciones más o menos contemporáneas, siempre de cronología difícil. Entre ellas destacan las pequeñas construcciones religiosas rurales que suelen clasificarse como *prerrománicas.* También cabría tratar de las llamadas *formas marginales* que se desarrollaron en la periferia del verdadero núcleo carolingio.

Como colofón se puede destacar la importancia del arte carolingio —como renacimiento o no, dependerá si se considera decadente la época anterior— como transmisor e innovador y como puente entre la Antigüedad y los tiempos modernos.

Bibliografía

A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica,* Barcelona, Crítica, 1978. J. Boussard, *El siglo de Carlomagno,* Madrid, Guadarrama, 1968. W. Braunfels, *Carlomagno,* Barcelona, Salvat, 1985; J. Delpierre de Bayac, *Carlomagno,* Barcelona, Aymá, 1977. J. Dhondt, *Etude sur la naissance des principautés territoriales en France* (IX-X siècles), Brujas, De Tempel, 1948. Fr. Durand, *Les Vikings,* París, PUF, 1970. Fr. L. Ganshof, *El feudalismo,* Barcelona, Ariel, 1963, ibídem, *The Carolingies and Frankish Monarchy. Studies in Carolingian History,* Cornell Univ. Press, 1971. L. Halphen, *Carlomagno y el Imperio carolingio,* México, UTEHA, 1955. J. Hubert, J. Porcher y W. F. Volbach, *El Imperio carolingio,* Madrid, Aguilar, 1968. C. Heitz, *L'architecture religieuse carolingienne: les formes et leurs fonctions,* París, 1980. J. C. Kenneth, *Carolingian and Romanesque Architecture 800 to 1200,* Londres, Penguin, 1963. P. Lasko, *Ars Sacra, 800-1200,* Londres, Penguin, 1972. L. Musset, *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana,* Barcelona, Labor, 1968. E. Perroy, *Le monde carolingien,* París SEDES, 1974. H. Pirenne, *Mahoma y Carlomagno,* Madrid, Alianza, 1981. P. Richée, *Les Coles et l'enseignemente dans l'Occidente chrétien de la fin du V siècle au milieu du XI siècle,* París, Aubier-Montaigne, 1979. G. Tessier, *Charlemagne,* París, Albin Michel, 1967. VV.AA., *La Europa carolingia,* Barcelona, Noguer, 1975. Ph. Wolff, *L'eveil intelectuel de l'Europe: Le temps d'Alcuin,* París, Seuil, 1971.

Aunque cada accidente tiene sus propias características, en términos generales se podría hacer la siguiente reconstrucción en el espacio temporal del accidente juvenil. Este accidente se suele producir los fines de semana, muy especialmente las vísperas de los días festivos. En lo referente a las épocas del año, suelen ser los períodos veraniegos los más peligrosos, aunque hay un importantísimo auge en el mes de diciembre, en especial los días finales del año.



En relación con las horas de mayor riesgo, son las nocturnas las que estadísticamente muestran una mayor gravedad y proclividad al riesgo. No obstante, en los últimos años las horas de riesgo se han ido desplazando de las dos y tres de la madrugada a las siete y ocho de la mañana.

El accidente juvenil se desencadena, principalmente, cuando el conductor combina diversión con conducción arriesgada, en especial cuando en el vehículo van varios ocupantes. Lo cual se convierte en muchos casos en un peligroso instrumento que no está al servicio del transporte, sino que forma parte de un entorno festivo y socialmente propicio.

Respecto a los lugares de mayor exposición al riesgo, se podría decir que son las poblaciones, en especial las grandes ciudades y sus alrededores, los que aglutinan mayor número de accidentes.

Afortunadamente, la gran mayoría de jóvenes asume su responsabilidad con una conducción cada vez más segura, saliéndose de los comportamientos que, erróneamente, se les suelen atribuir.



